

# Oye madre

Alicia Lozano Mascarúa

Para Enriqueta Ochoa

## I

¿Sabes madre? Lo único que quiero es descansar, quizás igual que tú, quizás diferente. Pero quiero descansar y no sé dónde que no sea en este oscuro hormiguero.

¿Sabes madre?, me dueles como espejo, triste, roto, olvidado, hecho astillas que duelen, vocación de faquir esquivo.

Duele el hambre incontenible, el desasosiego de las horas muertas, los crepúsculos no compartidos, el mismo timbre de la angustia, la cuerda tensada al máximo.

Duele vivir rajada por esa tensitud sin nombre, nos dolemos, aullido a medias, duelen los escombros, los escalofríos y los sudores.

Porque estamos hechas con el mismo barro, manos semejantes nos dieron forma.

Duele este salir y regresar atropellado, este clamor sobreviviente, duelen los senos como redes cavernosas, la falta de hombre, el exceso de hombre, animal severo del que nos hicimos cómplices.

Duele llamar a las cosas por su nombre.

¿Cómo defenderse de la bestia si nuestro pedazo de bestia aletargada responde a su llamado?

¿Cómo dejar de ser las niñas suaves, transparentes, plantas manoseadas y dispuestas, arcilla débil, música sin letra, página en blanco, profundidad temerosa pero honda, cálida, deseante?

## II

Oye madre, quizás va siendo tiempo de acabar con las patrañas, quizás llegó el tiempo de ser,

que nadie meta mano para despertarnos y hacernos el diagnóstico, de aceptarnos nomás así, sin argumento, y de acudir a la fuerza que sí nos habla, a la luz que nos ha sostenido en la más febril de nuestras noches.

¿Tú qué dices mamá, podremos hablarnos desde ahí, después de todas las quejas y todos los reclamos?

Nuestro tiempo de máquinas dadoras nos ha sido condonado.

Somos libres, pero necesitamos cantarlo o gritarlo cada día, según el caso.

El resto es mentira; la mentira de mi abuela, la tuya, la mía, la de mis hermanas, la de mis amigas.

Es la mentira que nos acuñó y que seguimos acuñando para pagar el derecho de existir, nuestro derecho a ser, no sólo a estar donde nos llaman, donde pronuncian nuestro nombre, aunque sea distorsionado.

No encuentro cómo ser de otra manera.

Es otro parto y duele. Me siento desgarrada.

Oye madre, ¿y si nos hacemos cómplices para salir del laberinto?

Pudiera ser que nos llamemos de otra forma. Desde la raíz más vieja, desde antes que se acuñaran las monedas, los conceptos, las triquiñuelas.

Un lago que canta quizás podrá llevarnos al mar, con el aliento propio, limpio de quimera.

Quizás traspasemos la ventana y los barrotes y la calle y podamos ser nosotras mismas, verdaderas, sin culpa y sin pena. *Am*